



MISIÓN



Sergio
Fernández
10/02/2021

La distancia universitaria



Nos creíamos mejores, pero quizás éramos igual de frágiles (biológica y mentalmente), y estas cosas solo pasaban en tiempos pretéritos y países pobres, pero quizás era lo normal (aunque teníamos el Estado del Bienestar). La crisis del Coronavirus iniciada en 2020 ha demostrado la fragilidad de las sociedades del progreso, afectando a todas las dimensiones de la vida individual y colectiva, material e inmaterialmente.

Y por supuesto también damnificó a la Universidad, la cual reaccionaba de manera muy rauda al gran confinamiento decretado por el Estado de alarma, adaptándose a la primera *distancia* necesaria para evitar los contagios y el colapso del sistema sanitario. La enseñanza se hizo on-line sin estar pensada para ello a nivel general, con notables esfuerzos y algunas distorsiones. Las videoclases se improvisaron rápidamente (a través de Zoom y Skype) y las aulas virtuales se convirtieron en plataformas imprescindibles. Meses sin contacto presencial y con miedos lógicos entre profesores y alumnos, que acabaron con la particular desescalada española y esa frase presidencial que debería pasar a la Historia: “hemos vencido al virus”.

Pese a no vencer, con olas sucesivas que vienen y van, tras el verano se abrieron de nuevo las aulas y los despachos. Todo perfectamente desinfectado, ordenado y dispuesto, con amplias medidas de seguridad y estrictos protocolos profilácticos. Llegaba ahora la segunda *distancia*, entre compañeros y profesionales con metros que controlar, burbujas que mantener y rotaciones que realizar. Un esfuerzo ante lecciones y exámenes, con logros evidentes: se evitó que los campus y facultades presentara importantes brotes o infecciones masivas, intentado con ello dar un ejemplo social de conciliación entre la vieja y la nueva normalidad; y la investigación científica universitaria siguió con su labor pionera en sus campos propios, y sobre todo en la búsqueda incesante de soluciones para comprender mejor y actuar aún mejor ante la infección (desde tratamientos directos a las tan deseadas vacunas).

Pero encontramos una tercera *distancia* que no parece irse, como esta enfermedad de la que algunos se reían o que negaban al principio. El mundo universitario se ve afectado, igualmente, por el debate artificial o natural (según el bando que se elija) y a veces con tintes de lucha casi fratricida, entre la salud y la economía, entre protegerse y convivir, entre los unos y los otros; y que es reflejo consecuente del que se manifiesta cada día en la opinión pública y en las disyuntivas políticas. En la Universidad también se suceden esas discrepancias (que deberían ser siempre respetables) entre cómo afrontar la crisis grupalmente y cómo adaptarse a la misma personalmente; en especial en los momentos en que los malos datos epidemiológicos se disparan, y ante las restricciones de movimientos y los temores inevitables a contagiar o ser contagiado.

Y existe una cuarta *distancia*, que la Universidad ya comenzó a extender como instrumento valioso: lejanía comunicativa que ayuda a miles de ciudadanos que, por su situación o su lugar, no pueden acceder a la

educación superior, o que colabora en la adaptación al universo hegemónico de la Big Tech. Viene para quedarse, nos dicen. Pero aprovechando o aprendiendo de la reacción ante la pandemia, muchos y muchas hablan de lo inevitable de apostar casi totalmente por esta enseñanza telemática (a veces un negocio muy lucrativo). El signo de los tiempos nos conducía hacia ese *modus vivendi* tecnológico que crea nativos digitales y, también, adicciones a una pantalla más grande o más pequeña (que casi no se cuestiona). Pero esta separación debería ser solo física o territorial, como opción elegida y no impuesta ni predominante, ya que desde su uso y abuso se puede saturar al docente en la burocracia electrónica, eliminar servicios y puestos laborales antes “máquinas” más eficientes, o reducir recursos públicos conseguidos por la rentabilidad digital; y además alejar a un alumnado que a veces apaga la cámara para que nadie le pregunte o le interpele, que a lo mejor no tiene medios suficientes para conectarse, que se olvida de las rutinas inevitables del mundo real, o que se aburre ante la posible soledad del estudio virtual.

Porque la Universidad es una comunidad de enseñanza que rompe barreras y supera las distancias personales y sociales (o las usa responsablemente). “Comunidad” que no solo puede ser mayoritaria o totalmente virtual, sino que tiene que defenderse como presencial y real de manera prioritaria, con todas las garantías ahora y después de la crisis: donde se socializan jóvenes y no tan jóvenes, encontrando amigos para siempre (e incluso los primeros amores o desengaños); se aprende de verdad a escuchar y a expresarse, entre el miedo escénico y las exposiciones con tiempo limitado; se aprende a convivir con el diferente y en otros entornos; se practica desde el ensayo y el error in situ, y comienzan a aparecer maestros de los que aprender y profesiones a las que dedicarse; o se abre la mente a la primera cosmovisión global más allá de su barrio o pueblo, se cruzan personas con lenguas y culturas distintas (los que vienen y se van con el programa Erasmus), y mil cosas más, buenas y no tan buenas. Y “enseñanza” que tampoco puede limitarse a estas tendencias, manteniendo la igualdad de oportunidades entre los que pueden o no pueden venir. Las Tecnologías de la información son necesarias, obviamente, para adaptarse tanto a esta época transformadora (desde la integración), como a las exigencias de flexibilidad y reciclaje (que marcan los nuevos modos de producción y consumo, pocas veces realmente sostenibles). Pero la lección magistral, las prácticas grupales, el debate polémico o el examen presencial, todos cara a cara, nos enseñan y nos adiestran en buena parte del camino cotidiano que encontramos en los hogares (creando nuestra familia) y las empresas (creando nuestro sustento).

Estas *distancias* son necesarias en tiempos “pandémicos”, para salvar vidas vulnerables y salvar la vida universitaria. Pero el miedo se combate con el conocimiento, las restricciones se deben diseñar desde el mismo, y la enfermedad se superará, como lógico, solo con él. Y aquí la Universidad tiene mucho que decir, desde su gestión y, sobre todo, desde su conocimiento: la Historia o la Literatura nos muestran que no somos tan diferentes del pasado reciente cuando la crisis llega; las Ciencias naturales y experimentales trabajan muy duro entre recortes y vocaciones, para descubrir la innovación necesaria; la Filosofía nos desvela dimensiones humanas que explican lo que pensamos y hacemos en tiempos convulsos; el Derecho argumenta esas normas que tenemos que cumplir para asegurar el orden; la Educación enseña como combinar lo más recurrente y lo más innovador para la “universalidad” formativa; la Economía se esfuerza en cubrir la demanda y generar puestos de trabajo a corto y largo plazo; la Sociología difunde esos datos y relaciones de las comunidades que sufren transformaciones paulatinas o súbitas; y la Informática avanza cada día en soluciones tecnológicas al servicio del usuario.

No somos ni mejores ni inmunes, repito; en la presente Globalización somos diferentes en cómo entender y afrontar una crisis (mejor o peor, según se mire). Y las *distancias* de ahora, ante esta pandemia, tienen que comprenderse, analizarse y usarse desde ese equilibrio a veces tan complejo, pero tan ineludible, entre tradición y modernidad, como demuestra la Universidad presencial o virtualmente.